

María Eugenia Martínez

Yo seré la última

Historia de mi cautiverio y mi lucha contra el Estado Islámico.

Nadia Murad. Plaza y Janés. Colombia, 2018.



Leer el testimonio de Nadia Murad, nominada al premio Nobel de Paz en 2017, es penetrar en los eventos más crueles y violentos que aún subsisten en el mundo contra las mujeres, pese a la supuesta abolición de la esclavitud femenina.

Es increíble el salto histórico de esta valerosa joven, formada en el seno de una familia yazidí residente en Kocho, Irak. Ella habla y rompe el silencio sobre su transición personal y cultural que supone más de veinte siglos de historia y que dio en menos de una década. De una condición de protección familiar, aislamiento regional y adoctrinamiento religioso llegó a ser abanderada de la libertad y la dignidad orientada por la concepción de los derechos humanos tanto de las mujeres como de las minorías religiosas, en el contexto de las incertidumbres del siglo XXI.

Yazidí es una de las religiones monoteístas que aún subsiste; está conformada por, aproximadamente, un millón de personas en el planeta y es propagada por vía oral y exclusivamente masculina. El mencionado grupo religioso fue sometido y asesinado brutalmente por el Estado Islámico (EI). Una muestra de las prácticas del EI se puede ver en la siguiente directriz sobre la retención de prisioneras y esclavas: “Está permitido mantener relaciones sexuales con una esclava que no haya alcanzado la pubertad si es apta para el coito... Está permitido comprar, vender o regalar a las prisioneras y esclavas, puesto que no son más que una propiedad” (p.12). Y Nadia fue sometida a toda clase de bajezas de las que logró, no solo liberarse, sino también comprometerse a trabajar por su libertad.